



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE DICIEMBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Pequeño homenaje a Oscar Wilde

LA ROSA Y LA MADERA
CARLOS ALEJANDRO

Cepillaba la madera con una garlopa, luego la barnizaría y colocaría, sobre la mesa ya armada, un paño de color verde que simularía los pastos del campo. Mientras tanto, el perro dálmata de dos años de edad paseaba cerca, meneando la cola y dando vueltas alrededor de su amo y de un pajarillo que volaba junto a la mesa que el hombre construía en la cochera de la casa. Luego se clavarían las vías por donde debían transitar los pequeños ferrocarriles de juguete y se fijarían sobre la madera las casitas de plástico y las farolas, mientras que los intrincados circuitos eléctricos correrían por debajo. Fue un trabajo de dos semanas para armar la mesa, más de un mes para construir la pequeña ciudad de un metro con veinte centímetros de ancho por dos cuarenta metros de largo, con vías sobre las que transitaban dos o tres ferrocarriles completos (la máquina y sus carros con cargas distintas: tráileres, troncos de madera, carbón, arena metálica...), que podían cambiar de vía.

Una de las máquinas de ferrocarril, la negra Chattanooga Choo-Choo, echaba luz y humo mientras jalaba cinco carros. Se le daba velocidad a través de uno de los cuatro transformadores en la mesa. En un extremo de la ciudad, sobre el paño verde, de una de las casas salía un velador con un pajarillo sobre su hombro, cada vez que el tren pasaba por ahí. Se trataba de un mecanismo a través del cual, la puerta se abría y salía el centinela, impulsado mecánicamente por el peso del ferrocarril y la articulación bajo las vías.

Es verano. Ahora el ferrocarril Santa Fe transporta arena de algún mineral y madera en troncos de árbol. Ambos se descargan en el andén exterior. La arena se filtra por debajo del carro. La madera cae cuando gira el contenedor.

Llega el invierno, pero no hay alpinistas en las montañas, solo la incertidumbre de si la madera alcanzará para calentar a la ciudad entera.

Algunos niños juegan en las calles. No con balones de fútbol, sino con palos y piedras, acompañados del canto de ruiseñores. La ciudad será la misma los siguientes treinta años; está cubierta por un plástico sostenido sobre botellas de vino y aguardiente, que poco a poco fueron inundando la mesa del tren, y ayudaron a cubrir del polvo al paño verde.

El centinela ha perdido el color en sus ropas. Los mecanismos eléctricos han sufrido su desgaste natural. Y, ahí estoy yo, en la mesa de controles. Las luces del cuarto, en la biblioteca de mi padre, están apagadas. Es de noche y solo los faros de las máquinas alumbran el camino. Es un viaje sin igual; una aventura por lugares fantásticos.

Pero el cansancio acecha. Redirijo el ángulo de las luces del auto. Conduzco entre varios tráileres que alumbran el camino. Cruzo las vías del ferrocarril. Partí en la tarde, solo, cuando una boda estaba por celebrarse en la iglesia del



pueblo. Viajé durante horas, acompañado solo por una rosa roja en el asiento de al lado.

Treinta años más tarde, veo que el paño verde ha perdido su color. El Chu-Chu del tren ha dado paso a toneladas más dulces, pero también nostálgicas. La madera se transformó en carbón bajo un asador; la arena en libros. Pero la memoria sigue. Y ahí estoy yo, junto a los controles, observando la madera cual colorida rosa que ha perdido su frescura, no así el color, rojo, como la sangre del ruiseñor.

SORTILEGIO DE CUENTOS
OLGA DE LEÓN

De la Rosa y el Ruiseñor su corazón quisiera, para mostrar de lo que es capaz mi amor por los amores míos. No el del estudiante que insensato e iracundo arrojó al suelo la rosa que consiguió teñida con la sangre del corazón del ruiseñor: su vida, por la felicidad del joven. Y fue dejando su vida, mientras teñía de rojo la rosa, gota a gota, junto a la ventana del estudiante, entre las espinas del rosal estéril que de tal forma el ruiseñor lo fecundó. Quiero de ese pajarillo de bello canto su amorosa entrega para que el joven pudiera ir al baile con su amada. Niña de veleidoso carácter, quien lo habría de rechazar por pobre prefiriendo las joyas que otro galán le ofrece, si ella aceptaba ir al baile con él. No, no quiero esos amores, quiero parecerme a los que lo sacrifican todo, sin arrepentimiento ni pedir nada a cambio.

Quiero un corazón fuerte como el del Príncipe Feliz, y compasivo como el de la Golondrina que se perdió la primavera con sus hermanas en Egipto, soportando el invierno para ayudar a la fantástica estatua de un príncipe feliz y espléndido que no soporta ver el sufrimiento de sus súbditos. ...y fue capaz de quedarse ciego y sin piel ni vida, a cambio de dar alivio al sufrimiento de los

menesterosos, ayudado en esa tarea por la única golondrina que un invierno pudo amarlo tanto que retrasando su viaje hacia la primavera, prefiere entregar su vida y quedarse con la estatua del príncipe, haciéndolo a él aún más feliz; hasta que ambos murieron.

Quiero parecerme a los niños que jugaban en el jardín del Gigante Egoísta y, muy especialmente, quisiera que mi espíritu un poquito se pareciera al del niño que desde lo alto de la copa de un árbol, habría de cambiar el hielo del corazón del gigante egoísta, por la flama del amor que se mantiene ardiendo ante la felicidad de los niños: quiero la calidez de la inocencia triunfando sobre las bajas pasiones de la amargura y el recelo.

Quiero dejar de ser grande, para parecerme a los pequeños, a los que no alcanzan el suelo sentados en una silla, aunque esta sea de madera, plástico o terciopelo. Sí, quiero ser niña de nuevo, mirar con los ojos del niño, lo que olvidamos mirar los adultos, o preferimos ignorarlo mirando hacia otro lado.

Y quiero, por último, mirar a través de las paredes y más allá del horizonte, para descubrir todos los rincones a donde no llega ni el pensamiento de los sabios, ni la alegría de los que todo lo tienen. Porque mucho me sospecho que quienes por allá viven, tienen más tesoros que cualquiera que necesita acrecentar sus riquezas. Sí, quiero abrazar a aquellos que no alcanzo a ver, pero de quienes tengo la fundada sospecha de que son más ricos que los más ricos del mundo. ...careciendo de tanto, quizás.

Quiero, pues, bien poco: quiero ser pura de corazón, clara de pensamiento, soñadora incansable que persigue el arcoíris, no para hallar monedas de oro en el enorme perol a donde llegan sus hilos multicolores, mientras brilla en el cielo.

Quiero todo cuanto quiero, solo para descubrir el secreto de las historias

sobre ficciones que van y vienen del cielo, aunque algunos como yo, inclusive, -una y mil veces- creamos que salen de nuestras mentes, del tintero de la pluma, del teclado que golpeamos con los dedos, o que nos son dictadas en sueños, mientras dormimos, por algún duendecillo travieso.

Y a pesar de que jamás seré quien no fui, defendiendo mi derecho a seguir en el tren de las historias. Soy un sortilegio de cuentos y encantadora de mis sueños.

COROLARIO

Pareciera que "El Retrato de Dorian Grey" terminó siendo un vaticinio de la fatalidad que lo envolvería al final de su vida. Nadie puede negar el mérito al escritor, ni el buen corazón al padre que escribió cuentos para sus hijos. Tampoco podemos dejar de lado que él mismo, Wilde, fue su peor enemigo. Hombre, cuyo manejo del lenguaje y el pensamiento particularmente irónico y sarcástico, lo usara contra la clase tan poderosa como chata e hipócrita, y que disfrutó asumir ciertos aires fingidos de superioridad y soberbia solo por divertirse, obviamente, a la sociedad de su tiempo, no le agradó. Y lo pagó muy caro: desprestigio, cárcel, soledad, miseria y hasta su temprana muerte, fue el costo que pagó Oscar Wilde, por ser él mismo, Oscar Wilde. La prisión fue lo menos, pues de ese golpe legó dos obras más. Lo peor fue el abandono, la soledad y la pobreza en que queda al salir de prisión, el rechazo de su familia, también del amor y el cambio del apellido de sus hijos, por el escarnio que sufrirían. Intolerancia, venganza y odio acabaron con la vida de la persona, no con su maravillosa creación literaria: ensayos, poesía, teatro, cuentos y novela, que siguen y seguirán incólumes de las miserias humanas. La obra de Wilde destaca entre los clásicos de la Literatura universal.



Juan José Arreola

Juan José Arreola es recordado a 31 años de su muerte, ocurrida el 3 de diciembre de 2001.

Autor de obras como "La feria", "Confabulario" y "Sueño de Navidad", Juan José Arreola Zúñiga nació el 21 de septiembre de 1918, en Zapotlán el Grande, hoy Ciudad Guzmán, Jalisco. Allí terminó su educación básica y trabajó en diversos oficios, entre ellos el de encuadernador.

Sus biografías señalan que fue por 1934 que comenzó a producir sus primeras obras, y que tres años después cambiaría su residencia a la Ciudad de México para estudiar en la Escuela Teatral de Bellas Artes.

Aquí publicó su primera obra en 1941, Sueño de Navidad, y cuatro años después estaba estudiando actuación en París, Francia, con el apoyo de Louis Jouvet de la Comédie Française, donde participó en obras montadas por esta compañía, señala el portal en internet escritores.cinemexicano.una.mx.

Ese mismo año publicó junto a los escritores jaliscienses Juan Rufio (1917-1986) y Antonio Alatorre (1922-2010), la revista Pan, de Guadalajara, donde se desempeñó como periodista.

También trabajó en el Fondo de Cultura Económica (FCE) como corrector y autor de solapas, y fue gracias a esta labor que obtuvo una beca en El Colegio de México, donde estudió Filología.

Su primer libro de cuentos "Varia invención" se publicó en 1949, a éste le siguieron "Confabulario", considerada su obra maestra, en 1952, y "Bestiario" en 1959.

También participó como comentarista durante los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 y trabajó en estaciones radiofónicas como XEW y XEQ; además de dirigir diversos programas teatrales y fue uno de los primeros becarios del Centro Mexicano de Escritores con Rubén Bonifaz Nuño (1923-2013), Emilio Carballido (1925-2008), Herminio Chávez Guerrero (1918-2006) y Sergio Magaña (1924-1990).

Para el crítico literario Antonio Alatorre (1922-2010) los cuentos de Arreola consiguen trascender al presente debido a su redondez total, así como a su expresión de vida.

Juan José Arreola murió a los 83 años de edad, el 3 de diciembre del 2001, a causa de un paro respiratorio por la hidrocefalia que padecía. Fue hasta el 21 de septiembre de 2015 que sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres.

ad pēdem literae

"Cada hombre contiene varios hombres en su interior, y la mayoría de nosotros saltamos de uno a otro sin saber jamás quiénes somos."

Paul Auster

Letras de buen humor

"No es cierto que todo tiempo pasado fue mejor. Lo que pasaba era que los que estaban peor todavía no se habían dado cuenta"

Quino

Joana Bonet

Protocolo de urgencia

Las he conocido. En fuga. Con una bolsa de deporte en la que metieron cuatro mudas, el osito de peluche, el Dalsy, y para de contar. Una de ellas huyó con su hija de cinco años, en un autocar de línea. Me llamó cuando hicieron parada en un bar de carretera, no sabía dónde estaba. Era búlgara. Una mujer maltratada. Una mujer extranjera. Súmale a la confusión el peso de la sospecha. Y al terror, el desarraigo. Entró en una casa de acogida. Allí las ventanas tienen rejas; su dirección es secreta para protegerlas. En la cocina se hierve la tristeza. Les cuesta creer que de verdad todo terminó, pues muchas recaen, igual que en una adicción, olvidando que cuando alguien traspasa el límite, aquello llamado amor empieza a dejar de serlo para siempre. Suelen carecer de apoyos sólidos, son inestables, están destruidas psicológicamente. El mundo les resulta hostil.

Olga era una de las mujeres de la limpieza de la redacción. Fumaba mucho. Ducados, como mi padre. Un día llegó con el ojo morado, intenté hablar con ella, pero callaba y daba las gracias mirando al suelo. Cuando su hija

cumplió los dieciocho empezó a alentarla. Entró en una casa de acogida, fumaba más, vivía entre nerviosa y liberada. Hace unos meses, me mandó recuerdos a través de una compañera: se la encontró limpiando en el aeropuerto y me contó que por primera vez la había visto reír. Porque al padecimiento de la violencia contra las mujeres hay que sumarle el vía crucis que deben soportar para demostrar su inocencia. El proceso implica denuncias, declaraciones, peritajes, y un clima social que, en lugar de empatizar y solidarizarse con la víctima, la somete a un juicio público severo. ¿Por qué en España se mantiene tan bajo el número de denuncias por abusos sexuales o violaciones, al contrario de lo que está ocurriendo en otros países? La falta de acompañamiento social las paraliza. Saben que no evitarán el cinismo en el marco de la cultura patriarcal que todavía nos oprime, a pesar de los avances. Que nuestra sociedad carece aún de valores sólidos, indudables y compartidos, como la igualdad. Persiste el hedor bárbaro, esa idea de que la mujer ocupa una posición subordinada, que ha nacido para satisfacer las apetencias de los hombres (y es



hasta probable que muchos violadores, en su vil retorcimiento, lleguen a creer que sus presas disfrutaron). La estrategia de la defensa de La Manada, hurgando en la vida privada de la víctima, ha sido aberrante, un mayúsculo acto de manipulación para miniaturizar el acto criminal. ¡Cuán importante es cerrar filas ante la violencia hacia las mujeres! Nos jug-

amos el progreso. Les recomiendo leer el Barómetro 2017 del Proyecto Scopio, elaborado por el Centro Reina Sofía. Las opiniones de un 27,4% de los chicos entre 15 y 29 años considerando que la violencia machista es "una conducta normal" deberían de activar eso que en otros metieres llaman "protocolos de urgencia".